

QUEBRANDO LA TRADICIÓN Obras modernas irrumpen en el museo español:

El paseo de GIACOMETTI por el Museo del Prado

El Prado ha sido uno de los museos más estrictos del mundo en cuanto a exhibir obras de un período limitado. Pero, al celebrar sus 200 años de vida, un hecho que está sorprendiendo, y no sin detractores, es la inclusión de obras del gran artista moderno Alberto Giacometti, con sus figuras inquietantes, en medio de las pinturas de Velázquez, Zurbarán, Tiziano, Tintoretto y El Greco.

ECILIA VALDÉS URRUTIA

¿Qué hace una delgadísima escultura, casi como una hilgana, en el principal pasillo del Museo del Prado? ¿Cuál es la idea de instalar un conjunto de inquietantes "Mujeres altas", con uno de sus "Hombres caminando", más una cabeza, del escultor moderno Alberto Giacometti, frente a "Las Meninas" de Velázquez, la más emblemática pintura del realista español y más visitada del museo? Son solo algunas de las reacciones que se escuchan de parte del público en el Palacio Villanueva. Los que han llegado hasta aquí lo hacen para admirar tesoros únicos del Siglo de Oro español, "pero no a un artista moderno que interrumpa la contemplación y el recorrido", comentan algunos.

Esos visitantes, como otros, no dejan de tener bastante razón. El Museo del Prado —más que sus pares como el Louvre o la National Gallery de Londres— se ha mantenido estrictamente celoso en cuanto al período de obra que exhibe y que se centra en su colección, esencialmente, con tesoros del Siglo de Oro español, hasta las pinturas negras de Goya, pintadas, en 1819 en la Quinta del Sordo.

Pero el bicentenario que celebra el principal museo español ha llevado a revisar su evolución. Y se ha recordado el peregrinaje de artistas de vanguardia en su momento, como los impresionistas, Courbet y Bacon. Y también han observado la tendencia mundial creciente que cruza lo moderno con lo antiguo en museos históricos.

En el Prado hay ausencias. "Pero quizá ninguna es tan notoria como la de Alberto Giacometti (1901-1966). Uno de los artistas más influyentes y desconcertantes del siglo XX, quien concebía el arte como único lugar de confluencia del pasado y presente", subrayan. Ante ello se decidió presentar una muestra, para muchos, radical: exhibir 20 obras clave del artista moderno en medio de las principales salas del centenario museo.

"Se planteó una visita póstuma en la que Giacometti quiso traer una selección de sus obras más amargas —y famosas— para que deambularan por los rincones más sagrados del Prado", señala la curadora española Carmen Giménez.

La provocadora exposición plantea relaciones sorprendentes en las salas: pinturas como "Las Meninas" de Velázquez, los cuerpos colosales de Zurbarán o cuadros de El Greco se exponen al frente o junto a piezas del gran dibujante, pintor y escultor suizo.



"Seis mujeres de Venecia", uno de las obras cúlmine del gran artista suizo, que ganó la Bial de arte de Venecia, en 1956, se exhibe junto a "El lavatorio" del Tintoretto.



Giacometti y el espejo de las Meninas

Pero Giacometti nunca visitó el Prado como si lo hicieran Manet, Whistler, Courbet o Bacon, insisten algunos. Lo que es un hecho es que ese hombre misterioso e inquieto, nacido en Borgonovo, recorrió detenidamente la colección del Museo del Prado cuando esta llegó a refugiarse a Suiza en tiempos de la Guerra Civil española y se exhibió en Ginebra, en 1939. Este hijo de un posimpresionista decía que le había influido estar frente a esas obras de los antiguos maestros. Y siempre reconoció entre los que más admiraba a Velázquez y El Greco.

El Museo del Prado trajo desde las principales colecciones mundiales (Fundación Beyeler de Suiza, Fundación Giacometti en Francia) obras posteriores a 1945 y hasta 1966, año de su muerte.

"Porque fue entonces cuando el experimenta una inflexión en su visión de lo real, la que agudizó su obsesión por la búsqueda de imágenes que trascendieran el realismo. Y ese esfuerzo de Giacometti por representar la realidad de otra manera es la que lo vincula más al arte del siglo XVIII", precisa Giménez.

La exposición se inicia (si acaso el espectador elige el recorrido de esa curatorial) en la sala dedicada a Velázquez. A unos cuantos metros de "Las Meninas" se despliega el gran conjunto escultórico "La plaza", de Giacometti, integrado por "Mujer alta III", "Mujer alta IV", "Hombre que camina" y "Cabeza grande", esta última parece como observando lo que sucede. Ese conjunto famoso del autor suizo fue ideado originalmente para ser una escultura monumental en Nueva York, pero no llegó a materializarse. Hoy —la lectura del Prado— presenta esta



"Figura de pie" de Giacometti. Irrompe en el pasillo central del Museo del Prado, sorprendiendo al público que acude principalmente a ver tesoros del Siglo de Oro español.

obra "como una prolongación más del juego de espejos de 'Las Meninas', propuesto por Velázquez".

El artista moderno, como bien afirmara el experto Maubert, "juega con el espacio alrededor de sus personajes y les imprime una sensación de movimiento, de dinamismo".

El diálogo sigue frente a la pintura clave "Carlos V en la batalla de Mühlberg", de Tiziano. Allí el público se encuentra con "El Carro", de Giacometti. La fuerza y movimiento de ese cuadro de Tiziano lo relacionan con esa figura de mujer que se equilibra sobre dos ruedas gigantes, de autoría del artista moderno. Además, la curadora emplazó dos pinturas, entre las que sobresale "Cabeza de hombre I", que corresponde a su hermano Diego, a quien lo hizo pasar muchas veces durante su vida como otros varios integrantes de su familia.

Siete mujeres de Venecia y Tintoretto

De las salas que más desconcierta y luego seduce es la que exhibe una de las piezas cumbre de Giacometti, "Las mujeres de Venecia". "Las exponemos junto a la pintura casi cinematográfica y monumental 'El lavatorio', de Tintoretto", señalan. Uno de sus mejores cuadros, que representa la escena narrada por el Evangelio de San Juan. Las mujeres de Giacometti están montadas junto a ese cuadro del Tintoretto y a una cierta altura. Se trata del proyecto que presentó en la Bial de Venecia de 1956 en el pabellón francés. Esas mujeres las elaboró a partir de estudios de su esposa, Anette, su principal musa y modelo.

Esos mismos personajes parecen también dirigir las miradas hacia las salas donde están las obras de El Greco. Un punto alto de la muestra. Porque allí la "Mujer de pie" muestra una sintonía, ¡por cierto!, con las figuras y rostros alargados del artista griego, que antecedieron su época. "Existen paralelismos for-

males en su verticalidad y alargamiento de las figuras con las pinturas del artista cretense", precisan.

La sala dedicada a Zurbarán fue sometida a algo más radical. Se contrastan los cuerpos colosales de Zurbarán, de la serie de Hércules, con "La pierna" de Giacometti, fruto de una realidad quizá, para siempre, fragmentada después de la Segunda Guerra Mundial.

Singular ejemplo de la percepción en el arte

El trabajo que hacen las obras de Giacometti con la escala seduce. Al frente de las monumentales pinturas o esculturas del Prado, sus delgadas y mínimas obras parecen monumentales. Es un gran ejemplo para la percepción en el arte. Y como se exhiben en protocolos sublimes para la lectura del ser humano, señalan el diario El Mundo y el ABC de Madrid.

Uno de sus delgadísima figura de pie se encuentra en el pasillo central del museo y adquiere apariencia monumental. Mientras que los "Hombres que caminan" de Alberto Giacometti pasan casi a integrar las salas del museo y se entrecruzan con el numeroso público que acude al histórico Palacio Villanueva, que para sus 200 años de vida ha vuelto a incorporar, temporalmente, arte moderno. Y del mejor. Como lo hicieron los Habsburgo al formar con gran ojo estético las colecciones reales con pinturas, dibujos y esculturas de su tiempo, que constituyeron lo central de ese patrimonio único en el mundo, el del Museo Nacional del Prado.

"Rolling Thunder Revue", de Martin Scorsese:

Verdades de Bob, mentiras de Dylan

CHRISTIAN RAMÍREZ

"¿Qué fue la Rolling Thunder Revue? No tengo idea. Ocurrió hace tanto tiempo, antes de que yo naciera, jaja. De eso no quedan más que cenizas". Dylan sonríe. Sus ojos gatanos jamás miran a la cámara, casi como advirtiendo que todo lo que sale de su boca, en la película que Scorsese creó a partir del material visual de su gira del '75, tiene que ser tomado con un grano de sal. Observado con distancia, astucia e ironía. Como si fuesen recuerdos de alguien ajeno, de otra persona.

Esa es la primera pista de que "Rolling Thunder Revue: A Bob Dylan Story by Martin Scorsese" no es exactamente un documental, aunque mucho de lo que vemos en pantalla sí ocurrió, arriba y abajo del escenario. Es cierto: en ese entonces, fascinado con la idea

de revivir las giras de los antiguos músicos de vodevil, el cantautor reunió a una veintena de artistas que irían de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, cantando a lo humano y lo divino. Sería su "proyecto" de cara al inminente bicentenario de Estados Unidos, ambientado en un mundo pos 60, pos Vietnam, pos hippismo y pos Nixon. Sería, además, una película de ficción: de su propio bolsillo pagó equipos y camarógrafos que los seguirían a todo evento; el fogueado músico Ronnie Hawkins encarnaría a un sujeto llamado Bob Dylan, mientras que Bob y su esposa Sara, al menos frente a las cámaras, serían "Renaldo y Clara".

Ese, de hecho, fue el título del filme, estrenado en enero de 1978. Duraba cuatro largas horas, incluyendo canciones, diá-



Roger McGuinn, Joni Mitchell, Richie Havens, Joan Baez y Bob Dylan, en el cierre de la gira de 1975.

logos improvisados y una buena cuota de misterio y locuras. Los críticos lo hicieron pedazos y rápidamente desapareció del mapa —apenas pasó por tv, y nunca llegó al vhs o dvd— para regresar cuarenta años después y con otro envase: mucho del material filmado en 60 milímetros por Dylan y su equipo está integrado a la cinta de Scorsese; la mayor parte ahora funciona

en clave documental, pero algo del espíritu juguetón de "Renaldo and Clara" no se perdió. Al menos cuatro de los entrevistados —entre ellos, la mismísima Sharon Stone, que se apunta a la película a los 19 años se suma a la *troupe*— son totalmente ficcionados y, pese a que sus historias son muy sabrosas, nunca fueron parte de la gira. El *manager*. El cineasta. La reina

de belleza. El joven congresista. Dylan se divierte en grande "recordando" a estos personajes y, básicamente, mintiendo como condenado; y Scorsese se mete en el juego a fondo, le saca punta a los episodios apócrifos —a este cúmulo de "fake news", como algún crítico gringo dijo por ahí—, obteniendo a partir de todas esas falsedades una suerte de verdad, una que da

Crítica de cine

cuenta del perenne juego de máscaras que el cantante ha ido representando ante su público durante casi seis décadas, y que se expresa a la perfección en las fascinantes secuencias musicales: Bob y su banda presentándose en antiguos salones de baile, clubes sociales, juntas de vecinos, pequeños teatros de pueblo y salas de concierto, junto a compinches del tamaño de Allen Ginsberg, Joan Baez, Patti Smith o Joni Mitchell; transformando sus clásicos de los 60 hasta hacer de ellos creaciones nuevas, y volviéndose el mismo una figura tan intemporal como ubicua, sea frente al micrófono con su enigmático maquillaje blanco; al volante, manejando el bus de la banda; meditando en silencio junto a Ginsberg, ante la tumba de Kerouac; o convertido en un suerte de anciano Homero, que desde el presente recuerda, inventa y olvida trozos de su propia épica. Todos esos son Dylan, pero ninguno exactamente Bob.